



LA TRISTE NUEVA.

## SOBRE EL PERÚ.

ARTÍCULO TRADUCIDO

Y DEDICADO AL CLARÍSIMO POETA Y ESCRITOR

D. J. Heriberto García de Quevedo.

I.

Con el título de *Mi viaje á la república del Ecuador*, tuve el honor de publicar en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO del año pasado de 1854 una reseña del que realicé en 1842: hoy, cediendo á mi afición de ocuparme de aquellas regiones, recojo los siguientes detalles, debidos á un viajero artista extranjero que estuvo en Lima en enero del presente año.—Señor D. Heriberto, siendo si no me engaño la república de Venezuela la tierra que le vió nacer, y deseando yo hacer tiempo dedicarle algun modesto trabajo literario, como testimonio de la admiración y entusiasmo que me inspira la lectura de los suyos, he creído que lo que mas podría escitar su interés sería un escrito que hablase de América. Mi artículo es al propio tiempo un *souvenir* de cuando nos encontramos reunidos en aquel almuerzo que el 46 nos dió nuestro comun amigo el simpático príncipe Adam Witold Czartorisky. En casa de el ex-presidente del Ecuador D. J. Flores tambien tuve el gusto de verle á Vd. alguna vez; ya se ve, después fui á perseguir latro-facciosos, y Vd. me habrá probablemente olvidado, lo que yo á Vd. no, porque la fama de sus escritos me lo han hecho siempre presente á mi memoria... Siempre que mi ardiente fantasia evoca las reminiscencias de mis peregrinaciones por la América septentrional y la meridional, experimento vivísimo deseo de volver á visitar aquellas zonas; para trepar sus montañas arboladas y volcánicas, desde cuyas sulfúreas cumbres se divisa el Océano, asemejándose cuando está en calma á un vasto y límpido espejo. Bajando luego á los valles cultivados para admirar las plantaciones, inmensos cafetales de ramas nudos-

sas y flexibles, pobladas de hojas de un verde oscuro y lustroso, de forma oblonga y puntiaguda, cuajadas de flores blancas como el ampo de la nieve. En esas tierras generosas se ve tambien el árbol del cacao de tronco elevado, de ramas porosas envueltas en una corteza amarilla, adornadas de grandes hojas oblongas y opuestas, algunos de cuyos retoños parecen flores de un tierno sonrosado que contrastan con el fruto largo, abarquillado y dorado, que hace plegar las ramas bajo su peso. Y en fin, esos campos enteros de la planta descubierta en Tabago en 1560, que se llamó en un principio *yerba de la reina*, segun dicen á causa de haber sido un embajador de Francisco II el primero que trasportó el *tabaco* á Europa y que lo regaló á Catalina de Médicis. De trecho en trecho y sobresaliendo entre los demás vegetales mas de cuarenta piés, recuerdo el *plátano del paraíso*, cuyas hojas ovaladas, obtusas y largas como unos siete ú ocho piés, rayadas de fibras transversales, segun la tradicion bíblica, pudieron muy bien servir de vestido á la primera mujer. Y en resolucion, reinan sobre todo aquel inmenso panorama, ora destacándose sobre el limpio azul del cielo, ora sobre el verdegay del Océano ó sobre las tostadas arenas del mar, esos dos gigantes de los trópicos, graciosos y pródigos como todo lo que es fuerte; aludo al cocotero y la palmera... Pero veo que insensiblemente me iria desviando de mi objeto, dejándome arrastrar de mis propias impresiones, en vez de dar la traduccion prometida, que versa sumariamente sobre las siguientes materias: El Perú.—Calláo.—Lima.—Las peruanas.—La Alameda-nueva.—Y apuntes biográficos sobre el general D. Ramon Castilla, presidente del Perú.

II.

La gran nombradía que los antiguos viajeros han acostumbrado dar al Perú, perjudica algun tanto á la impresion que experimenta el que por vez primera llega á dicho país, del que podrá llevar una idea poco favorable quien lo visite de paso; pero el europeo que por el contrario resida en él durante algun tiempo, hallará en dicho suelo atractivos que gradualmente irán en aumento y que le harán gratisima su estancia, por lo suave del clima cuanto por las amabilisimas prendas de sus habitantes.

29 DE ABRIL DE 1855.



Cuando despues de haber costeadado la isla de San Lorenzo me vi frente del *Callao*, pronto á desembarcar en tierra peruana, confieso que me sentí chasqueado al aspecto salvaje y pobre de esta pequeña ciudad y de sus cercanías. Acababa de llegar de la república del Ecuador, país de una prodigiosa vegetación, y me habia figurado que el Perú lo sería mas todavía. No obstante, si bien se considera, el aspecto salvaje del puerto de Lima encierra algo grandioso por el lado del mar; con sus majestuosas fortalezas y sus casas pintorescas, asemejanse al pronto con sus pintados y cerrados balcones á otras tantas jaulas elegantes; sus numerosos buques, el gran movimiento que se advierte en la playa, el desembarcadero cubierto de mercancías, el bullicio que allí reina anunciando un gran centro comercial, me indicaban una capital opulenta y curiosa. Un ómnibus mediante cuatro pesetas os hace salvar las dos largas leguas que separan el *Callao* de la capital; (hoy día se ha sustituido el ómnibus por un ferro-carril que no estaba hecho cuando yo estuve, el cual se ha inaugurado bajo la presidencia del general Castilla). El camino, árido enteramente, me hizo la impresión de un mar de polvo en el que navegaba el carruaje tirado por cuatro jamegos flacos aunque vigorosos. Durante ese pequeño tránsito, solo se encuentra como á la mitad un convento arruinado por los temblores de tierra, y al lado una casucha en que se espenden licores, donde hizo alto el mayoral para que descansara el ganado, mientras *el mismo se refrescaba*, como decía, con una especie de agua fuerte llamada *pisco*, del nombre de un pueblo famoso por dicho producto, y aunque es detestable, allí piden *pisco* como pudieran pedir jamaica, coñac ó kirschen-wasser.

### III.

Hemos llegado á una alameda compuesta de cuatro hileras de grandes y frondosos árboles que nos conduciran á Lima; alameda fresca, en que serpentean los arroyuelos en medio de jardines do abundan los naranjos y las palmeras. El ómnibus entra finalmente por un arco de triunfo en los peores barrios, y despues de transitar por dos ó tres malas calles, pasa por otras mejores, dejándolos cerca de la plaza mayor, muy bella por cierto, con su pintoresca catedral y su fuente monumental de bronce. De desear sería que el palacio del general fuese de una arquitectura mas digna del Perú. Al pronto me ocasionó una impresión poco grata el triste aspecto que ofrecian las calles y la poca elegancia de las casas; hasta que llegué á descubrir que es peculiar del país el esconder todo lo que es bueno y verdaderamente hermoso bajo las formas mas sencillas y modestas, y esta particularidad se nota lo mismo en los trajes que en los monumentos y las ciudades. Las peruanas, por ejemplo, se ocultan en los pliegues del misterioso y poético *sayo-y-manto*, no dejando entrever mas que uno de sus dos ojos, grandes, negros y aterciopelados; las casas no muestran en su exterior mas que paredes desnudas y ventanas cerradas; pero sus patios se hallan decorados con pinturas y flores tropicales, y el interior de las habitaciones estan amuebladas con lujo, comodidad y elegancia; y hasta el teatro mismo, cuyo frontispicio presenta el aspecto de una granja, no deja de ser por dentro espacioso y bien distribuido. Tocante al clima, es inmejorable: con decir que nunca llueve, un abundante rocío que cae durante cuatro meses del año, basta para apagar el polvo y fertilizar la vegetación. El puerto del *Callao*, aunque es una sencilla rada, es muy segura; jamás ocurren allí tempestades. Es una temperatura excepcional, y presta á los productos vegetales del país un sabor delicioso. La chirimia, que fuera de allí solo se encuentra en el Brasil, en el sentir de cuantos la han probado, es la reina de las frutas, y el *camote* la mas agradable de las legumbres.

Algunos europeos han interpretado mal la franqueza y la hospitalidad peculiares de Lima; pero no han exagerado, por mucho que hayan dicho, la incomparable belleza de las mujeres de Guayaquil y de Perú; no es posible dejar de admirar sus ojos grandes, quizá en demasia, pero de inesplicable dulzura, intérpretes no engañosos de un corazón bueno y generoso; su boca fina y graciosa, su perfil de gran pureza, sus luengos y sedosos cabellos, su talle esbelto y agraciado, y sus piés y manos de una pequeñez capaz de desesperar á una andaluza. ¿En qué consistirán estas cualidades físicas? ¿Será solo en el clima, ó mas bien en una primitiva emigración de pura raza andaluza, perfeccionada bajo el sol de los trópicos?

Si bien es verdad que la espulsion de los españoles del Perú ha ocasionado descalabros rentísticos, contribuyendo á empobrecer el país, con todo todavía quedaron en él algunos caudales considerables, y se notan muchas damas ataviadas con joyas de un valor exorbitante. Gracias al general Castilla, existe en el barrio de San Lázaro á orillas del *Rímac* un magnífico paseo llamado de la Alameda Nueva, donde se reune por las noches todo lo mas escogido de la población. Fué por cierto ruidosa la inauguración del dicho paseo. Nunca habia ostentado Lima como en aquel día tanta elegancia, fausto y riqueza reunidos. Al lado de los flamantes y delicados carruajes ingleses, notábanse aun formando singular contraste, esos grandes y ricos vehiculos tan sólidos

como antiguos. Lima podrá en adelante, gracias á su antiguo presidente, disfrutar nuevamente de su natural elegancia. El presidente Castilla, poco conocido en Europa, es hombre de una inmensa reputación en el Perú, razón por la cual vamos á dar en el capítulo siguiente algunos apuntes biográficos relativamente á la persona de este antiguo caballero.

### IV.

El general D. Ramon Castilla es una de las glorias militares del Perú. Es, por decirlo así, una de las reliquias conservadas del puñado de valientes que se sublevaron los primeros contra la dominación española, logrando aniquilarla completamente tras de proloagadas y sangrientas luchas, en la gloriosa jornada de *Ayacucho*. Además de su brillante fama guerrera, otro título posee aun mas relevante; el de *pro-cificador* de la patria, despues de ser su *libertador*. El es quien ha hecho entrar á su país en la senda del progreso y de la civilización.

D. Ramon Castilla nació en *Javapaca*, en la frontera casi de Bolivia, en 31 de agosto de 1797, de una familia distinguida por su procedencia y sus virtudes. La vida sin embargo de este héroe peruano fué asaz oscura, hasta el año 1816, que entró á servir en el ejército español, desde cuya época se distinguió por sus méritos y servicios, á los que únicamente debió sus rápidos ascensos. En 1822, célebre en los anales históricos de la república de la América del Sud, era capitán y se puso inmediatamente á las órdenes de San Martín, enviado por el de Chile para coadyuvar á la revolución del Perú. Terminó dicha campaña el 9 de diciembre con la victoria de Ayacucho, ganada por los ejércitos colombianos y peruanos contra las fuerzas españolas del virey Laserna. Bolívar y San Martín reconocieron á Castilla como ellos dotado de un vigoroso temple de alma; así que lo promovieron sucesivamente á los empleos de mayor, teniente coronel y general.

Los primeros pasos de una república naciente, por robusta que sea, suelen ser inciertos y vacilantes. El Perú durante largo tiempo fué presa de graves disturbios, en los cuales Castilla atestiguó enérgicamente su amor al orden y á la probidad política. El presidente Orbegoso lo nombró general de brigada, creyendo hacer de él un ejecutor pasivo de sus culpables proyectos, que consistian en poner á su patria á merced de Santa Cruz, presidente de Bolivia; *Castilla* en vista de esto se adhirió á las banderas de Salaverry, patriota ardiente que se habia alzado para defender la integridad y nacionalidad peruanas; mas por entonces fué vencida la buena causa, y fundada por el general Santa Cruz, despues de la batalla de Socabaya, la confederación Peruano-Boliviana que debió ser de tan corta duración. Chile, que era fiel aliada del Perú, facilitó á los generales Gamarra y *Castilla* un ejército que titularon *restaurador*, y que destruyó el mal cimentado edificio erigido por Santa Cruz. En la batalla de Jungay el 20 de enero de 1839, Castilla mandaba como en todas las demás expediciones la fuerza de caballería, arma de tanta importancia en las guerras del Nuevo-Mundo. Gamarra fué electo presidente de la nueva república del Perú, y Castilla ministro de Hacienda; pero habiendo recommenzado la guerra con Bolivia, el presidente fué muerto, y Castilla hecho prisionero. Vivanco reemplazó á Gamarra, rebelándose contra su persona todos aquellos patricios cuyo valor no habia sucumbido á sus pasajeros reveses. *Castilla*, que estaba ya en libertad y que vivia retirado en el pueblo de su naturaleza, fué nombrado jefe de la Milicia Nacional: comprendió oportunamente cuándo fué llegada la hora de obrar, y á la cabeza de un ejército poco numeroso y compuesto de elementos diversos atacó al jefe impuesto á su patria. Auxiliado vigorosamente por los generales Nieto é Iguain, caminó de triunfo en triunfo batiendo finalmente á Vivanco y restituyendo al Perú la paz y la libertad. Castilla fué aclamado por unanimidad presidente en 1843, desde cuya época la paz vino á ayudar al soldado valiente en otra clase de trabajos. Bajo su sabia administración todo se creó y se reorganizó rápidamente; la hacienda, empleos públicos, revision de códigos, reformas en el ramo de guerra, en el de comercio, etc. *Castilla* en su febril actividad fué ayudado de todos los hombres mas ilustrados, llamó en su auxilio hasta algunos de sus mismos enemigos, acallando su resentimiento contra ellos en obsequio del bien público. Y por último, concluido el término de duración prefijado para su presidencia, resignó honrada y pacíficamente el mando como un héroe de los tiempos antiguos.

Ahora los últimos notables acontecimientos del Perú, fechados del 3 de enero, nos anuncian que acaba de ser nuevamente proclamado presidente el general Castilla: parece ser que el ex-presidente Echenique se preparaba á dar una batalla contra Castilla, cuando viéndose inesperadamente abandonado por parte de sus tropas, no tuvo otro arbitrio que regresar precipitadamente á Lima y ampararse bajo el pabellon británico, entrando aquel mismo día su adversario en dicha población en medio de las manifestaciones del mas vivo entusiasmo por parte de todos sus habitantes.

PEDRO DE PRADO y TORRES.



## FENOMENOS DE LA NATURALEZA.

## EL ETNA.

Ante esa pompa de esplendente lumbre  
Que los montes conmueve y pulveriza,  
Mirad de Dios, en la potente cumbre,  
Del pabellón radiante la divisa.

Notad la majestuosa pompa de que se reviste ese fenómeno grandioso que descuella como una columna flotante que vacila en el éter, llenando de pavor al mundo y de horror á los elementos; contemplad la magnificencia que despliega esa soberbia perspectiva, irguiendo en el espacio su penacho de fuego aplomado, y vomitando torrentes de escarlata, que desciende luego cual lluvia infernal, para abrasar un suelo conmovido por la oscilación del terremoto: hé ahí á través del reflejo fosfórico el monstruo invisible que ruga y se revuelve en las entrañas de las campiñas *Nicolosi*, haciéndolas estremecer en horrendo sacudimiento; observad, terminado por las elevadas montañas de la Calabria, Dinnamar, Erix y el Rojo-Monte, ese risueño hemisferio de Sicilia que despliega á la faz del hombre un pabellón de estrellas incrustadas en el cristalino azul del firmamento, donde apenas vaga una nubecilla plateada con átomos de bronce y contornos de nieve que en grupos livianos se mece y balancea á merced del vapor de la atmósfera límpida como el aura que la vivifica; ved ahí sobre el solemne cuadro que diseña la mano de la omnipotencia, el globo del astro nocturno que hiende y se eleva sobre la profundidad del cénit, vertiendo torrentes de luz que inunda las montañas y valles, preparándose á recorrer el espacio de su región periódica por ese cristalino sendero marcado por el dedo de Dios con un hilo de diamantes.

Admirad y temed: no preguntéis el origen de ese coloso, cuyo aspecto os aterra en vuestra mezuquina esfera; no os adelanteis á los recursos inescrutables del Todopoderoso; ni pretendáis encadenar el monstruo que conmueve los fundamentos de la tierra que tiembla y se estremece: ¿sabéis qué denota ese espantoso rumor? Es el soplo de Dios que inflama el orbe con su terrible aliento. Ved pues si cabe panorama de mayor gala y suntuosidad en la misera esfera de los mortales.

Avanza la noche; noche plácida, tranquila y apacible: apenas sopla el viento, y se respira un ambiente fresco bajo esa cúpula gigante de terciopelo azul bordado de innumerables estrellas: ruga el mar no muy lejos con sus ondas transparentes ó aplomadas; las áridas ó verdes campiñas de la isla diseñan verdinegros y descoloridos matices serpenteados por cauces y plateadas vertientes; cascadas sonoras, grupos oscuros de arbolado, destacando en el vacío sus pirámides caprichosas é informes, y mas allá limitadas por el cielo puro del Norte, las rocas del archipiélago de Eolo, coronando con sus cumbres negruzcas la serie de montes que por aquella parte encadenan los límites de la Sicilia.

Precedido de pintorescos bosques que forman pintoresco anfiteatro, levántase sobre un campo de lavas y cenizas volcánizadas el cono soberbio sobre cuya cúspide vomita fuego el terrible Etna rodeado de otros volcanes secundarios. Es admirable el efecto óptico que se contempla desde el inmenso castaño (1) que domina á los demás bosques de su segunda región (2), y sobre todo es también sorprendente la gran sombra piramidal del coloso de fuego en su posición aislada, cuya extensión hacia el archipiélago agrigentino escude de cien millas, y que á medida que la luna se eleva, retirase deprimiéndose gradualmente, hasta incorporarse al cono de la montaña.

La temperatura, aun en la segunda región del Etna, es deliciosa; creierais hallaros en Florencia, Niza ó Nápoles, esos vergeles de la Italia moderna, cunas de los dioses de la antigua mitología, y otros tantos museos de primer orden para el arqueólogo, el naturalista, el filósofo y el historiador: apenas echariais de ver una ligera alteración en la escala del termómetro, aun hallándoos trasmitiendo ya el segundo cuerpo de lava; pero no bien llegarais á entrar en la tercera región, el frío es bastante intenso, porque pisais un suelo de perpetua nieve que ordinariamente se pronoga siete millas desde la conocida *Casa de los extranjeros*, hasta la *Ermita de la nieve*. Desde ella hasta el pie del cráter es preciso atravesar un buen trecho de lavas cortantes y peligrosas, á veces aun ardiendo por los sulfurosos vapores impetuosamente lanzados, ó bien aguzadas sus puntas bituminosas, como pirámides también cortantes en repliegues cristalizados.

Desde los bordes del cuerpo superior y que constituye la superficie del plano vertical del cono, la perspectiva es imponente y horrfosa;

(1) Se ha asegurado que pueden tomar sombra al pie de este árbol cien caballos.  
(2) Divídese en tres regiones el terreno que media desde *Catania* hasta la cumbre del volcan: primera, *región inferior*; segunda, *región cultivada*; y tercera, *región de infierno*.

es un alarde del poder supremo, y con esta palabra únicamente puede explicarse.

Observemos el cráter.

Figuraos un abismo erizado de prominencias calcinadas, presentando un plano inclinado en dirección oriental, cuya pendiente rápida pronunciada en escarpada declive, piérdese y se precipita en un fondo de fuego líquido que bulle hirviendo, arrojando de vez en cuando al aire piedras calcinadas y columnas de arenas y aguas minerales y bituminosas: ved que en ese enorme recipiente caen formando azulados repliegues, torrentes de lava derretida, envuelta en nubes de humo sulfuroso, que procedente de otras bocas abiertas en los flancos interiores, se precipitan en el fondo de aquel, para aumentar su voraz consistencia.

Es inútil llevar mucho mas adelante vuestro sistema de investigación: vereis un globo escarlata que sepultado en las entrañas del abismo gira indistintamente sobre un limbo tenebroso, cuyos vapores gaseosos asfixian; vereis, ó por mejor decir, oireis rugir en aquellas cavidades tenebrosas un monstruo encadenado que vomita llamas y metal ardiendo, y cuya furia, no pudiendo caber en aquella mazmorra infinita de azufre, escupe al cielo infernales proyectiles y sepulta los pueblos bajo su ardorosa influencia. Ved pues aquel seno aterrador, cuyo espacio escude de dos mil toesas de circunferencia, amenazando siempre con mover los quicios de las montañas, quebrantarlas, pulverizarlas y tragarlas, para volver luego á vomitarlas en fragmentos vitrificados, ó en cenizas caldeadas por el fuego que hierve en sus entrañas.

Pero notad que de repente se improvisa una de esas aterradoras faces; el humo que condensaba el cráter ha desaparecido, y déjase ver esta en toda su terrible majestad. La transparencia de sus paredes negruzcas brilla con un tinte lívido, azulado y siniestro, merced á las llamas que flamean y lamen sus límites laterales, formando la ilusión de un pozo de oriflama con baño de cristal y plata bruñida, en cuyo fondo bulle de continuo un foco de materias inflamables é indefinibles por la profundidad, pero que tienen color de oro, visos de tornasolado fuego y hedor mineral.

Si la subida en extremo penosa ofrece riesgos considerables, el descenso todavía tiene mayores peligros que no siempre es fácil evitar. La especie de entorpecimiento físico que experimentan los sentidos y que suelen producir ordinariamente un dolor lancinante en la cabeza, efecto de los gaseosos vapores que se volatilizan á la región cerebral, el frío intenso y excesivo, el viento, cuyo impetu azota con crudeza glacial las partes del cuerpo expuestas á su inclemente acción, y mas que todo esa continua oscilación del terreno producida por la sorda explosión del fenómeno subterráneo, todo esto, sin contar las eventuales de una erupción, hace peligrosísima la retirada de la cumbre del Etna. Si á esto añadís las dificultades que á cada paso os prepara un camino áspero por las cortantes lavas resbaladizas que amenazan precipitaros á un abismo, y los precipicios y breñas que os esperan, comprendereis desde luego cuán grave y precaria es la situación del hombre que se lanza intrépido y temerario á sondear los portentos de la Omnipotencia.

¡Oh vosotros, incrédulos ateos, hombres pertinaces, obcecados en una falsa y errónea filosofía! venid sin reserva, y á vista de esa incomprendible maravilla deponed el orgullo de vuestra insensatez, arrojad el velo que ofusca en vuestra mente la realidad de la esencia mística de la fé, y reconoced á pesar de vuestra impiedad los portentos de la mano pródiga del Todopoderoso iniciados en esa débil muestra de los atributos de su grandeza divina.

José PASTOR DE LA ROCA.

## APUNTES HISTÓRICOS SOBRE LOS ORGANOS,

POR EL PROFESOR DE FISICA D. JUAN MIEG.

## ARTICULO SEGUNDO.

(Continuación.)

Alemania, patria de los príncipes de la música instrumental *Hayden* y *Mozart*, lo fué también de los mas célebres organistas *Bach* y *Vogler*, y estos admirables artistas en sus ratos de inspiración sabían producir efectos sorprendentes desconocidos en el día. La familia Bach y sus descendientes cuentan muchos organistas distinguidos, y los estudios de órgano de Emanuel y Sebastian Bach se conocen como clásicos célebres en todos los países cultos. Jamás se me olvidarán los ratos deliciosos que, siendo aun muchacho, hace mas de 60 años, pasé en algunas iglesias de Suiza, al oír un organista de la familia Bach tocar ciertas escenas bíblicas, tales como la creación del mundo, el paso de los israelitas por el mar Rojo, el juicio final, etc.



El abad *Vogler* era tal vez el mas eminente organista de nuestro siglo. Fué tambien artista científico, músico y compositor profundo. Inventó un mecanismo ingenioso á propósito para dar al órgano lo que se llama *espresion*, con todos los matices del *piano*, *crescendo* y *forte*; simplificó el sistema material del instrumento de tal modo, que suprimiendo gran parte de los caños unisonos producía sin embargo mas efecto que con el número total. Esto puede parecer paradoja á muchas personas no iniciadas en los fenómenos de la acústica, y sin embargo es un hecho probado cuya confirmacion se halla tambien en un artículo curioso y auténtico que un organista benedictino del convento de San Pedro de Salzburgo (patria del célebre Mozart) mandó insertar en 1815 en un periódico alemán muy conocido. En dicho comunicado se dice, entre otros, lo siguiente:

«En julio de 1805 el abad *Vogler*, durante su permanencia en Salzburgo, arregló el órgano de San Pedro del convento de benedictinos conforme á su sistema de simplificación. Dicho órgano tuvo primitivamente 1305 caños, de los cuales se suprimieron 528 para servir mas tarde á la construcción de otro órgano nuevo. Los 777 caños restantes constituyeron el órgano actual de una energia superior á los mayores instrumentos de la capital de Viena. El teclado manual baja hasta el caño de 16 pies de longitud, y en el pedal compuesto de 18 teclas, se oye la flauta de 32 pies. Conforme á dicho sistema de simplificación, 480 caños serian suficientes para construir un energético órgano, y este número se halla en los instrumentos mas ordinarios.

«En un concierto público que dió el abad *Vogler* para beneficio de las viudas y huérfanos de nuestros guerreros muertos en el campo de batalla, á presencia de dos príncipes hereditarios y de un número inmenso de oyentes, tuvimos el gusto de oír aquí en Salzburgo los efectos varios de este energético órgano simplificado. Oímos una brillante sinfonia, un adagio sentimental, un lindo repique de campanas (sin campanal), un delicioso concierto de flauta (sin flauta), una tremenda tempestad, y una admirable fuga sobre el aleluya de Pascua. —El artista incomparable sacó del majestuoso instrumento como por encanto sonidos y armonías inconcebibles nunca oídos. Alto arrobamiento se apoderó de todos los inteligentes en música; pero hasta los no inteligentes salieron encantados del templo en que, gracias al mágico poder del eminente artista, las horas trascurrieron como minutos.»

Los franceses tuvieron tambien algunos organistas notables. *Daquin*, muerto en 1772, sorprendió á menudo á sus oyentes contemporáneos con sus admirables caprichos en el órgano, imitando á veces el canto del ruiseñor con una ilusion capaz de engañar á los mas inteligentes. *Bauvarlet Charpentier* era tambien un hábil organista mas reciente, cuyo juego podía á veces recordar á los parisienses al difunto *Daquin*. A principios de este siglo el organista mas célebre de París era *Séjean*, que en la catedral de Nuestra Señora encantó muchísimas veces los oídos del hijo de mi padre con otra infinidad de apasionados. El eminente poeta abad *Delille* en su poema didáctico intitulado *Los tres reinos de la naturaleza*, al celebrar el poder de la música, dedicó á *Séjean* los hermosos versos siguientes, que me hallo incapaz de traducir de un modo tolerable.

De l'instrument sonore animant les organes,  
Séjean a prèdulé: oin d'ici loin profanes!  
De l'inspiration les sublimes transports  
Échauffent son génie et dictent ses accords.  
Sous ses habiles mains le sentiment voyage;  
Chaque touche à sa voix, chaque fil son langage.  
Il monte, il redescend l'échelle des tons,  
Et forme, sans desordre, un dédale de sons.  
Que de variété! Que de force et de grace!  
Il frappe, il attendrit, il soupire, il menace.  
Tel au gré de son souffle, ou terrible ou flatteur,  
Le vent fracasse un chêne, ou caresse une fleur.

En un órgano de Alemania me acuerdo haber visto escrito los versos siguientes de no sé que autor.

Organa plausibili clangunt, resonantia, flatu:  
Pulsa melos blandum, quod modulatur, habent.  
Vos agitat multis, homines, impulsibus hostis?  
Este Deo grati; reddite dulce melos.

Tambien podrian convenir para semejante instrumento los siguientes versos de nuestro célebre Iriarte:

Con su dulce expresion, grata al oído,  
Mide y combina el tiempo y el sonido.

Pero basta ya de órganos propiamente dichos; pues en el artículo siguiente trataremos de algunas otras máquinas de música, que se refieren mas ó menos al órgano.

## LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCIA ESCOBAR.

### LIBRO PRIMERO.

#### CAPITULO VI.

AL QUE MADRUGA DIOS LE AYUDA.

Galopaba á su sabor el travieso pajecillo por la estrecha vereda que conduce á la fortaleza de su señor, é imitábale penosamente su inesperado compañero de caminata. Un razonable trechó dejaron atrás, sin cruzarse palabra alguna y sin mas comunicacion que la consabida tonada á que habia vuelto el jóven, y á lo cual el viejo hacia singular duo con un sordo y vergonzante murmullo de mediano descontentamiento. Pero aunque el cantor parecia tranquilamente entregado á su pasatiempo, no dejaba de preocupar su imaginacion una idea de cierta importancia. Pensaba pues que el anciano camarada era portador de algun asunto interesante y de estraña relacion con el Castellano de Tordehumos. Y tenia para ello sus antecedentes lógicos. Y discurría poco mas ó menos en estos ó semejantes términos, sin dejar por eso su estribillo, ni olvidarse de poner los talones de vez en cuando á su animosa montura.

—Este mal humorado Mendaya sabe á mi juicio mas de dos cosas que atañen á la bella esposa del famoso y vetusto almirante. El sirvió constantemente al padre de la condesa; y cuando este la hizo casar *velis nolis* con aquel acartonado señor, el escudero la acompañó al palacio del almirantazgo, donde permanece destinado esclusivamente al servicio especial y reservado de la ilustre hermosura. ¡Esto es algo!

Y para refrigerar su magin echaba al viento una copla de su cantante y temeraria cancion.

Dineros pide y dineros  
á España Su Magestade,  
magüer que España no tiene  
pan, que á la boca llevare.  
¡Castellanos, Castellanos,  
los hijos de buenos padres,  
no finqueis en tal distama,  
guaresced la libertad!»

Y estos melancólicos acentos se iban á perder por los convecinos valles, que devolvian un eco lejano é indefinible, cual si fuese el suspiro de la patria evaporándose al trono de Dios.

Por otra parte, prosiguió nuestro doncel, si mis señas no mienten, entre la condesa y mi señor deben mediar historias de luenga y no placentera relacion. Secreto hay pues en campaña. ¡Y quién sabe si será una cábala contra mi buen duque, disfrazada por sus enemigos con el ropaje de aventura... Los tiempos son para todo. Preciso es tomar con cuenta este negocio. El almirante puede muy bien querer jugar una mala pasada al antiguo amante de su esposa... ó al campeón de la comunidad. Todo puede ser. ¡Aquí de tus mañas, príncipe de los pajes contemporáneos! Se trata acaso de la vida y de la honra de tu señor, de tu padre. Veremos si es cierto el refran que dice «al que madruga Dios le ayuda.»

Detuvo súbitamente su caballo el jóven, y volvió su cabeza en actitud de comunicar con el escudero; mas viendo que este venia aun á considerable distancia, se recostó sobre el arzon de la silla, decidido á esperarle, y tornando, para hacer mas llevadero el rato, á su tantas veces interrumpido y anudado romance.

Homies buenos de Castilla  
que mis trovas escuchades,  
tornad por la limpia honra  
que de abolengo heredasteis.  
La patria yace acuitada,  
los sus campos son eriales,  
cual huérfana sin ventura  
dia y noche plañe y plañe.  
La prosapia de Pelayo  
ya no rige el gobernallo  
de la España, que á lanzadas  
le ganó al malsin Alarbe.  
Al banquete de otra guisa  
no se atropan flacos canes,  
cual sobre esta honrada tierra  
esos vampiros de Flandes.



Plúgole un tudesco avanto  
al emperador nos dara  
por arbitrador del reino,  
del reino sin voluntad.  
Y en mal de nuestras franquezas,  
y talando inmunidades,  
malpara los estamentos,  
y al pueblo mofa leale.  
¡Por Santiago, por Santiago!...  
afuera estraños linajes!...  
que ni se amamantan siervos,  
ni mano aleva se lame  
en cuanto el Pisuerga borda,  
y el Duero y el Tajo baten,  
y en cuanto abarcan los riscos  
de Covadonga y Sobrarbe.  
¡Castellanos sin manilla,  
los hijos de añeja sangre,  
hombres buenos, hombres buenos,  
que mi cántiga escuchades,

no finqueis en tanta mengua,  
sed lo que fuéades antes,  
y el pendon morado alzando,  
guaresced la libertad!

Terminar el postrer ritmo de la marcial tonada y llegar Mendaya al pajecillo fué cosa de un mismo instante. Levantó este su vista al sentir la llegada del primero, y sin darle tiempo para salir con algun ex-abrupto y procurando serenar los ojos enardecidos del entusiasmo inflamado en su alma por el canto nacional, dió principio á su proyecto de exploracion, reanudando la plática con magistral desembarazo.

—Figurábame, respetable Belardo, que os habia el apacible Morfeo tomado bajo su proteccion, segun lo poco que habeis animado á vuestro rollizo Bucéfalo! ¡Vaya que, si no se me ocurre curar de vos, hubiera llegado, no solo á Tordehumos, sino hasta el fin del mundo antes que oyéseis bajar los rastrillos de la plaza, ni podido besar las manos al noble D. Pedro Giron!

—¡Qué Morfeo ni qué venablo! ¿Os parece que tengo los huesos de lana para seguir el humor á ese endiablado bicho que montais?... Bien que por lo demás no tengo prisa, y me seria punto menos que indiferente llegar á Tordehumos hora antes ú hora después.



—Vamos, vamos! no queráis parecer mas malo de lo que es regular. ¿No llevais urgencia, y tomáis una madrugada capaz de quedar al mas garrido como una estatua de sal?... Por Dios, Belardo, que no soy tan payo como me hace el sayo.

—Qué quereis! Cada uno tiene sus maneras de gobernarse.

—Pero es una manera que tiene muy poco de saludable y mucho de menguada, dejar sin qué ni para qué los abrigados linos, para salir á la delantera del sol en una mañana que no es por cierto la de san Juan! Digo y repito que esa no cuela, y que hay moros en la vega.

—Ni moros ni cristianos. Llevais traza de hacerme mensajero de alguna aventura caballeresca; y por vida de Lain Calvo...

—Que es tan cierto, como cierto es que intentais escaparos de mi con vuestro secreto. Pero vais con Dios, que no me importa ello mas que los amorios de Melisendra. Y acaso acaso sepa yo algo de ese misterio, que tan á parto pone á vuestra invulnerable discrecion.

—Ya va siendo!...

—Ah!... Ah!... ¿Qué apostais, amigo Mendaya, á que voy *circumcirca* de esa mision recóndita y peliaguda?

«Mensajero sois, amigo;  
non tenedes culpa, non.» (1)

No teneis culpa, en verdad, de que yo haya adivinado mas de lo

que vos quisiérais y entenderais convenir; sino que, aparte de n<sup>os</sup> apuntes al márgen, la naturaleza me ha dotado de cierto don inquisitorial y escurridizo, que se cuela en las conciencias del prójimo como el viento por entre los briaes de la honestidad. Perded cuidado, que ya le haré yo entender á mi señor que os habeis portado como un confesor de monjas. Oh! eso es otra cosa! Comprometer yo al honrado é integérrimo Mendaya, despues de dispensarme su confianza y puridad!... Mal pecadol!...

—Cuando soltais la tarabilla, todo es camino llano, y no hay poder humano para vos. Ahí vais ensartando discursos como quien no quiere la cosa, y veo vendreis á dar al fin en alguna sandez enorme, tal como la de hablar al señor duque...

—Oh!... si os enoja eso, no hablaré mas que un difunto. Quédese en buen hora para entre los dos vuestra franqueza, y empalado me vea si digo esta boca es mia.

—Me poneis en camino de darme á los malos. ¿Dónde está esa franqueza y fisura de pecho, sino en vuestras locas y antojadizas mientes? ¡Poder de Dios, que al muchacho se le antojan los dedos huéspedes!...

Prorumpió el paje á esta sazón en una ruidosa carcajada, seguida de otras mas y mas retumbantes, y poniéndose las manos sobre los ijares, como quien procura no reventar con el exceso de la risa. Contemplábase absorto y cari-acontecido su interlocutor; y como el otro no daba muestras de poner cabo á tal estrépito, hubo de decirle en tono de significativo retintín:

(1) Romance antiguo.



—¡Así Dios me salve, como no teneis un adarme de seso, y como sois la criatura mas aviesa y desatentada que nació de madre. Pero, si por vuestros pocos y mal aprovechados años, creéis á mansalva hacer el buñón á costa de mis honradas canas, puede ser que deis en vago y las cañas se vuelvan lanzas!

—Perdonadme, mal sufrido Belardo (y decíale esto el jovial manco entre restos mal comprimidos de maliciosa risa), perdonadme deciros que vos y nada mas teneis la culpa de mi picante salida.

—Tambien eso!.. (y apretaba los puños el amostazado escudero.)

—Eso y algo mas. Y otro día encargad á vuestra ropilla que se ponga de acuerdo con vuestras palabras, para evitar que quedeis mal en aquello del octavo mandamiento.

Y señalaba con su dedo indice cierta cartera de bordado terciopelo violeta, en cuyos ángulos exteriores se hallaba trazado en plata el escudo de la casa de Giron, que asomaba por entre la descompuesta botonadura del anciano. Este con un movimiento rápido trató de ocultarla nuevamente á la radiante mirada de su denunciador: pero solo consiguió dar á este una prueba mas de que allí se encerraba el arcano, en cuyo pos se afanaba con todas las veras de su entendimiento.

—Y todo ello se explica muy naturalmente, prosigió el imperturbable jovenzuelo. Vuestro jubon tiene bolsillo interior, con el galope de vuestra acémila saltó de él esa bella y misteriosa cartera, y como, gracias á vuestra madrugada y apresuramiento, no curásteis de ajustarlos del todo el anteado colete, halló la fugitiva espacio por donde asomar indiscretamente, y aun de sacará la temprana luz ciertas enmarañadas cifras que alguno sabrá bien y sabrosamente deletrear.

Mohino y cabizbajo yacia Mendaya, mientras de tal modo Elvir gozaba de su triunfo, y procuraba en su mente con feliz imaginación completar el mal habido secreto. Pero en lo mejor de sus cálculos, Mendaya, maldiciendo su descuido, se veía precisado á hacer del ladrón fiel, como suele decirse, enderezóle triste y pausadamente las palabras que vamos á repetir á los lectores de esta ignorada cuanto verídica historia.

#### CAPITULO VII.

##### CRÓNICA DE FAMILIA.

—Sé muy bien, Elvir, que teneis grande y afectuoso lugar en el ánimo del señor D. Pedro de Giron, y podrá ser que hayais alguna parte en los desahogos de su pecho. Pero sois demasiado jóven y sin maduro juicio, para comprender ciertas cosas de este bien llamado valle de lágrimas. Porque si pudiérais adivinar cuánto desabrimiento hay en algunas variedades de la vida, seguro estoy que habriais respetado mi secreto, y dejado libre mi camino.

—Y bien! Llevais una misiva de vuestra hermosa señora para mi arrogante señor. Esto es todo. Y por cierto que para adivinarlo no se necesita acudir á cábalas ni encantamientos. Pero ya que por lo grave tomáis el caso, cumpíeme deciros que, aunque poco entrado en años, se me alcanza algo del mundo, y no dejo de dar á cada cosa su natural color. Andad, andad pues en paz; que fuera sandez atravesarme en vuestro camino, cuando puedo ir delante y por mi propio pie.

—Tanto mejor para ambos. Básteos con lo que habeis penetrado, y no queráis ir mas allá, como caballo ciego y descaminado.

—¡Pardiez!... no llevareis á mal que yo sepa lo que cuentan mas de dos. Hablo de los desafortunados amores de mi jóven señor y vuestra condesa, mal maridada con el temerario almirante, á quien su riqueza y poderío no pueden quitar de encima sus sesenta inviernos, sus arrugas y pésima condicion.

¡Malditas bodas y maldito el forzador de ajenas voluntades!...

—Callad, callad, por Cristo crucificado, que caminais sobre ascuas.

—¡Ya se vél!... interpuso su irresistible mediacion el cardenal Flamenno, y el pusilánime conde no supo oponerse al capricho de tan altas potestades.

—El vulgo siempre exageró y abultó cuanto atañe á la vida de los poderosos.

—No hay exageracion, ni cosa que lo valga. Decidme sinó con juramento que vuestra señora vive muy feliz bajo el árido techo de su desapacible esposo; decidme que no mira desizarse su juventud en inconsolable soledad; decidme que desde su funesto consorcio ha visto un día siquiera salir el sol sereno y benéfico, como en los tiempos que arullaban su existencia los amantes suspiros de mi mal pagado señor!... Juradme todo esto, y entonces creeré que esa alianza tristísima no haya de ser fundamento de mala ventura y perdicion.

—Ya: pero si vuestro duque tambien se fué á las enemistades del emperador, y dió asilo en sus estados á los procuradores mas insolentes y discolos!...

(Continuará.)

## EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

### ARTÍCULO TERCERO.

(Conclusion.)

Voltaire, el impio, el escéptico, el inmoral Voltaire, que hubiera dignamente corrido parejas con la mayor parte de estos trovadores, concluía las cartas que dirigía á sus amigos, á los enciclopedistas Diderot, d'Alembert, Helvétius, Bonet, d'Holbach, Condorcet, la Mettrie etc., etc., con la impia frase de «pisoteemos al infame.» Este infame á quien él y sus amigos querian pisotear, era la sagrada persona de N. S. Jesucristo. Mas el impio Voltaire á los primeros síntomas de una enfermedad cualquiera llamaba al sacerdote que acudia á la par del médico. No era por cierto la doliente persona del patriarca de Ferney la que llamaba á su cabecera al sagrado ministro del Señor: no eran tampoco las doctrinas que predicaba en su tragedia *Zaire* cuando decia de esta respetabilísima clase:

*Les pretres ne son pas ce qu'un van peuple pense:  
Notre crédulité fait toute leur science:*

no: lo que obligaba al enciclopedista del siglo XVIII á suspender por un momento el habitual tejido de sus impiedades; á entrar en gracia con aquel infame de quien hablaba en sus epistolas; á postrarse, cual humilde infante, á los pies de un confesor y á romper de un golpe con todo su pasado; lo que á humillar su ciencia enciclopédica le llevaba, era la fé religiosa, las tendencias cristianas de ese mismo siglo XVIII en que vivia. Siglo que, como el nuestro, se hallaba bajo la fecunda presion de esa fé religiosa, de ese espíritu cristiano que el siglo que precede deja siempre al que sigue, cual preciosa herencia. Y el siglo XVIII, deseoso de trocarla por otra, por la duda filosófica, que tal fué el término constante de sus aspiraciones, quiso primero rebajarla, es-carnecerla, vilipendiarla, para que establecido el parangon entre una y otra, le fuese disimulado el optar por esta última. Esto fué una locura, una insensatez, una maldad.

Es que nunca se rompe la cadena de las ideas morales que elaboran las generaciones que nos preceden, como tampoco se hace pedazos la cadena de las ideas científicas. Es que sigue con mas ó menos rapidez el curso de las cosas humanas, y jamás se interrumpe ni suspende. Y Voltaire y los poetas de Provenza renegaban de la fé religiosa por ira, por enojo y despecho: como reniega el hombre criminal de la ley que pone un freno á sus perversas intenciones. Porque mal podia avenirse con la rigidez de los preceptos evangélicos, en el siglo XII como en el XVIII, el espíritu incrédulo de uno y la conducta relajada de los otros.

Hé aquí explicado el cambio repentino, la transición brusca que se opera en la vida de la mayor parte de los poetas provenzales; cambio, transición, que podrá ser un oscuro logogrifo, un misterioso enigma, cuya adivinación empero costará muy poco al que tenga presente el espíritu del adagio español, *el diablo harto de carne se metió fratile*.

La literatura provenzal que solo dura en su rápida existencia tres siglos, y á todo tirar, los siglos XII, XIII y XIV, se mueve infecunda en un círculo asaz estrecho, pues solo comprende tres términos: los poetas líricos, los poetas satíricos y los poetas épicos. Los primeros, será bien los dividamos en tres distintos grupos, correspondiendo cada uno de ellos á un siglo. Entran en el grupo del siglo XII Guillermo de Aquitania, Cerca-Mons, Pedro de Valeira y Pedro de Auvergne. En el del XIII citaremos como principales á Pedro el Viejo, Gerardo el Rojo, Bernardo de Ventadour, Guillermo de Cabersteans, Pedro Vidal, Hugo Brunet, Rambaldo de Vaqueiras, Pedro Roger, Guido de Oussel y Anselmo Faydit. Hallamos por fin en el grupo perteneciente á principios del siglo XIV, á Blacas d'Aulps, padre, á Blacas d'Aulps hijo, á Cabenets, á Gerardo Riquier, á Arnaldo Daniel y á Arnaldo de Marveil. Pues tómese cualquiera, como nosotros nos le hemos tomado, el prolijo trabajo de examinar estas poesías, y descubrirá desde luego, y sin esfuerzo, y en todas ellas, esos dos caracteres que nosotros les venimos señalando desde el principio de estos artículos, á saber: el de un amor impuro, asqueroso, repugnante, nauseabundo: y el de su espíritu religioso, impio, perverso. Descubrirá además otro carácter general de que todavia no hemos hecho mencion: carácter astístico muy importante para nuestra consideración crítica, porque nos resuelve el problema del brillo artificial de la literatura provenzal y de su pronta degeneracion y muerte. Ya se les alcanza á nuestros lectores que queremos hablar de la uniformidad y monotonía de idea y sentimientos poéticos de dichas poesías.

El amor, tal como de antemano le hemos caracterizado, hé aquí el tema perpétuo sobre el cual tejen sus composiciones poéticas los trovadores de Provenza. Para este trabajo de elaboracion mecánica se



escogen tres ó cuatro puntos que sirven de base, y después se procede á levantar el edificio. Una bella y arrogante dama, pero unida á un marido celoso por los vínculos del matrimonio; que es raro el encontrar un trovador que se enamore de una doncella, siquiera sea tan linda como la Venus de Apelles: un amor que á las primeras de cambio se muestra hosco, desdeñoso, ingrato, pero que al fin hablan de su fingida dureza á compás de tiernos y melancólicos suspiros: una naturaleza risueña, pintoresca, lujosa, de donde saque fecundas, graciosas comparaciones de placer y ventura el trovador enamorado: tales son las tres cuerdas de la lira que sus dedos pulsan. Mas tarde diremos cómo y en qué progresión arrancan de su instrumento estos sonidos.

Veamos ahora las ideas culminantes en la manifestación satírica de la literatura provenzal. Bertrand de Boru, Pedro Vidal, Rambaldo de Vaqueiras, Gerardo de Borreil, Pedro Cardenal, Peiron de Roquefort, Pedro de Auvergne, el monje de Mont d'Or, Bertrand de Alamanon, Rambaldo de Orange y otros poetas satíricos que se nos ofrecen, como algunos de estos, incluidos en el primer grupo de los poetas líricos, hacen igualmente girar la saña de sus violentas y mordaces sátiras en el pequeño círculo que trazan un escaso número de ideas. Las creencias religiosas, las creencias políticas, las mujeres, el matrimonio, las cruzadas, las poesías de otros trovadores rivales suyos: hé aquí ese corto número de ideas que á manera de miras sirven á estos poetas para trazar el plan de sus ataques. Hay á veces en ellos, y particularmente en Pedro Cardenal, sentidos apóstrofes, calorosas palabras de censura, rasgos de noble y santa indignación contra los principales vicios que se destacan feos y repugnantes del fondo también vicioso de la época. La cobardía de los trovadores, sus compañeros de profesión; el escandaloso abuso que hacen del amor; el escésivo apego á la guerra de los señores feudales; la simonía que, cual inmunda lepra, se extiende por todos los miembros de la sociedad de la edad media; la corrupción del clero y otros vicios no menos degradantes, son varias veces objeto de la desnuda sátira de los poetas de Provenza. Pero ¡ay! ¡cuántas fases de doloroso aspecto nos presenta esta misma crítica! ¡Cuánta exageración de ideas que las hace caer en opuestos defectos!

Al vituperar la cobardía se hacen crueles, y anhelan respirar sangre y fuego como Sordello de Mántua, el Tiberio, el Neron poético de los trovadores. Al protestar contra el abuso del amor, oímos de boca de Guillermo de Poitiers y de Blacaset las palabras que hemos citado, y de boca de Anselmo Faydit, «que no hay mal en maltratar á la mujer después de haberla deshonrado.» Y hallamos que á este tenor caen los poetas satíricos en Provenza, de Escila en Caribdis. Es aquello de Horacio «tienen miedo de remontarse al cielo y se arrastran sobre la tierra.» Porque la sátira de un vicio cuya opuesta virtud no posee el que la usa, no es sátira noble, digna y decorosa. Es un arma vedada, de mala ley, un arma traidora de que no puede servirse en el combate, y que se tornará contra él. El monje de Mont d'Or no podía quejarse de la corrupción del clero, cuando con su persona llevaba por todas partes un perfecto dechado de vicio é inmoralidad. Para que su punzante sátira hubiese ido á herir el blanco hacia el cual su mirada la encaminaba, era menester que otro trovador hubiese podido decir de él á sus compañeros de profesión lo que dijo á sus cortesanos el rey D. Sancho IV de Castilla, al presentarles al héroe de Tarifa: «aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca teneis el dechado.» Mas el decir esto al buen fraile de la abadía de Mont d'Or, en Auvergne, hubiese sido una burla, un insulto, una calumnia.

Veamos en el el próximo artículo los elementos que entran en la parte épica de esta literatura.

ANTONIO DE AQUINO.

## JUSTA Y RUFINA.

CUENTO

por Fernán Caballero.

### CAPÍTULO VI.

Algun tiempo después la infeliz Piedad se sintió indispuesta con violentos dolores de estómago; se quejó á su buena vecina y maestra sin que lo supiese su madre, y esta le suministró alguna bebida calmante, y su incomodidad se aplacó; pero no quedó buena, y á los pocos días el mal se reprodujo, y la buena anciana alarmada habló sobre ello á Rufina; esta se incomodó; le dijo que con sus mimos metía en aprensión á su hija, y le prohibió de pisar su habitación.

Entre tanto los ataques se repetían, y la pobre niña, sufriendo horrosamente, iba de mal en peor. Cuando salía su madre, que la dejaba encerrada, la buena anciana hablaba con la pobre enferma al tra-

vés de la cerradura de la puerta, y se enteraba de los progresos de la enfermedad. Pobre víctima! decía después á las demás vecinas, está mortal, y se morirá sin auxilio divino ni humano! Esto es una iniquidad nunca vista! Esa mujer sin entrañas no es madre ni puede serlo! Esto no se debía permitir.

—¿Y quién se mete con esa mujer que es una fiera? decía la una.

Como Vd. quiere tanto á Piedad, decía la otra, puede que se alarme Vd. sin motivo; pues ¿qué ¿está su madre sorda y ciega? Pero Vd., tía María, siempre está sintiendo lo de todos, y le ha de suceder lo que al cura de Tribujena, que se murió de sentir penas ajenas.

—¿Cómo te hallas, hija mía? le preguntó pocos días después la buena anciana á la enferma, y la voz respondió mas ténue y mas lastimera que nunca:

—Mal, tía María, los dolores me despedazan las entrañas; me abra-so, y cuanto tomo arrojo.

—¿Y qué tomas, hija de mi alma?

—Agua.

—¿Y nada mas?

—No tengo otra cosa.

—Qué inhumanidad! qué heregía! Hija, quién pudiese entrar á asis-tirte!

—Ay sí! ay sí! y un padre, porque creo que me voy á morir. Tía María, ¿me perdonará Dios si muero sin confesión?

—Sí, hija de mi vida, si: tú no has pecado; pero aunque lo hubieses hecho, hasta, cuando no se puede tener un ministro de Dios á su lado, con arrepentirse de corazón, ofrecer al Señor sus sufrimientos, é im-plorar su misericordia, para que nuestro padre nos perdone y acoja. Pero, hija, tú no estás en ese caso.

—Sí, tía María, si; y no siento mas sino el no volver á ver á Vd. Nadie sino Vd. me ha querido, nadie sino Vd. me ha enseñado que hay un Dios en el cielo que es nuestro Criador y padre, que promete el cielo á los que lo aman, y así me ha quitado Vd. el horror á la muerte, y llenado mi alma de consuelo; pero yo no quisiera morir tan sola! quisiera en mis dolores y agonías los consuelos de la religión santa y dulce!

—Diselo á tu madre, alma mía.

—Se lo he dicho, y no quiere.

—Pobre, pobrecita mía! qué vida has tenido y tienes! pero re-cuerda, inocente mía, que la santa rosa ama á las espinas entre las que se cria.

La buena anciana se fué desconsolada y estremecida; aquella no-che no pudo dormir, y si no su persona, veló su corazón á la cabecera de la enferma. Le había prometido orar á Dios para que en caso que falleciese fuera con todos los consuelos y socorros espirituales, y así lo cumplió pasando su desvelada noche en oración.

El alba luchaba en el horizonte con oscuros nubarrones secuaces de la noche, pareciendo estos negros etlopes esforzándose por arran-car á una pura vestal sus velos de blanca gasa. Si bien el gallo había lanzado ya su animada diana á sus compañeros, aun no había descendi-do del campanario la santa llamada de la iglesia á sus feligreses; pero abríase ya las puertas del santo templo. En él entró una joven pálida y macilenta envuelta en un gran pañolón. La iglesia estaba aun soli-taria y oscura; las lámparas de plata, continuas centinelas del taber-náculo, hacían brillar con su luz en la negra oscuridad la plata que cubría el altar del Sagrario, y las ráfagas que alguna vez despe-dían de sí las santas luces como un suspiro, parecían animar los ros-tros de los ángeles postrados en adoración ante el santo de los santos. La débil y plácida luz del día que empezaba á asomarse por las altas claraboyas al pié de la iglesia, las hacía aparecer en la austera som-bra del templo como alegres ojos de niños que se abriesen sonriendo al mirar á su padre.

Dios habla poderosamente al corazón y á la inteligencia del hom-bre, en el silencio de su templo, con estas palabras que sin pasar por el oído suenan en su corazón: Dios es universal, eterno, y sin medida; para él no hay cosa grande ni cosa pequeña; no hay pasado ni porve-nir, ese compás del tiempo; no hay para él secreto, olvido, ni incer-tidumbre, esas impotencias del hombre. Es maestro y es padre; y si como maestro nos envía los infortunios que son lecciones, como padre une el consuelo á la enseñanza, poniendo en cada infortunio el gér-men de una virtud, la ocasión de un mérito.

La joven que con paso vacilante había entrado en la iglesia, la atravesó con el cuerpo doblado y exhalando ahogados y lastimeros que-jidos, y vino á postrarse en el sagrario; pero era aun tan temprano, que allí se halló sola, y poco después, no pudiendo mantenerse de rodillas, dió un débil gémido y cayó al suelo.

En aquel instante entraba en aquel lugar una señora. Era esta Justa, que había pasado una noche agitada, y que cual la nave que en el mar inquieto busca un refugio en el puerto, buscaba uno para su alma en la iglesia. Las personas creyentes que han padecido, cono-cen todas ese puerto de refugio.



Esta señora se acercó á la caída joven, al lado de la cual se arrojó, y cuando vió aquel rostro tan hermoso y juvenil, descompuesto por la mas violenta espresion de sufrimiento, le preguntó asustada y llena de compasion:

- ¿Que tienes, hija?
- Creo que voy á morir, contestó la joven.
- ¿Pues cómo es que estás aquí y no en tu lecho?
- No queria morir sola y sin los socorros de la religion.
- ¿Y no te los han proporcionado en tu casa?
- La moribunda meneó la cabeza.
- ¿Tienes madre?
- La joven hizo una señal afirmativa.
- ¿Dónde está?
- En casa.
- ¿Y qué hacía?
- Estaba durmiendo, contestó la pobre niña.
- Esa no es tu madre! exclamó Justa con vehemencia: pobrecita! ¿qué edad tienes?
- Diez y ocho años, contestó la interrogada.
- ¿Y de qué mueres?
- No sé: ah! Agua, agua, por Dios igual añadió torciendo y agitando todos sus miembros por el dolor.

(Continuará.)

## EL MILANO Y LAS PALOMAS.

Escuchad mi amistoso consejo,  
Decía un milano  
De palomas á un bando, que el vuelo  
Llevaba muy alto.

Vuestro bien me interesa en extremo,  
Y veo admirado  
Que os cansais en subiros al cielo,  
Sin fruto volando.

Pues la nube no encierra en su seno  
Semillas ni granos,  
Y dejais á los hijos sin cebo,  
Que esperan cuitados.

A la tierra cercanas corriendo  
Inmensos espacios,  
Hallareis al instante el sustento  
Que abunda en los campos.

Si observais á qué altura me elevo,  
Y en giros variados  
Mi volar en un punto concentro,  
Y de él no me aparto,

Es que miro constante y acecho  
perdiz ó gazapo,  
Que han de ser para mí y mis hijuelos  
Dulcísimo pasto.

Las palomas, á quienes arlero  
Habla el bellaco,  
Le responden: no, amigo: tu intento  
Lo vemos bien claro.

Aconsejas que cerca del suelo  
Unidas corramos,  
Porque entonces, de arriba cayendo,  
Nos echas el gancho;

Y si encima de ti nos ponemos  
Huyendo del daño,  
De tus garras y pico sangriento  
Seguro está el bando.

Como el bando, si torpe un gobierno  
Imita al milano,  
Por huir de sus garras, el pueblo  
Se pone mas alto.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

## DELICIAS DEL SIGLO DE ORO.

### Romance.

Dichosos tiempos aquellos  
de las edades doradas,  
siglos sin tuyo y sin mío,  
siglos sin toma y sin daga.

En vez de calzon los hombres,  
las hembras en vez de enaguas,  
plantábanse una corona  
y unas hojillas de parrá.

No conocian caseros,  
medicina ni farmacia,  
ni sastres, ni prestamistas,  
ni escribanos ni otras gangas.

Llevaban, y sin bozales,  
por falderillos las damas  
osos, leones y tigres;  
y estrigina no se usaba.

Quería un chico á una chica  
y, sin suspiros ni cartas,  
la plantaba un *yo te adoro*  
ante el lucero del alba.

Y publicaba sus bodas  
al dulce son de la flauta;  
que por faltar gacettillas  
era la forma ordinaria.

Eran los *duelos* de entonces  
en los bosques de esmeralda;  
todo el pueblo por padrino  
y dos zampoñas por armas.

Llenos de filantropía  
los árboles y las plantas,  
dar de comer al hambriento  
siempre tuvieron por máxima.

Y, haciendo una reverencia  
á los hombres, se inclinaban  
para que del dulce fruto  
les espulgasen las ramas.

Y luego, en vez de sorbetes,  
de ponches y de Champaña,  
ofrecia el arroyuelo  
sus limpias ó turbias aguas.

Grutas oscuras y frescas  
eran entonces las casas,  
y así nadie en aquel tiempo  
se tiró por la ventana.

No habiendo ferro-carriles,  
ni postas, ni aceleradas,  
nadie pensó en ver mas bosques,  
ni otro cielo, ni otras caras.

Ni se halló quien por azumbres  
linfas de azufre tragara;  
ni hubo hermosa que sus nervios  
bañase en remotas playas.

La verdad dicen que entonces  
en los labios alojaba:  
¡buenas cosas oirian  
las inocentes zagalas!

Tal era el siglo de oro,  
de paz y de inocentadas,  
acerca de cuya dicha  
solo una duda me asalta:

¿Se conocieron las lluvias,  
el viento, la nieve cándida,  
las pulmonías, el tifus  
y las calenturas gástricas?

Que si todo esto sufrían  
aquellas rocas humanas,  
y bajo el oro del siglo  
se escondían tales plagas;

y si andaban, como dicen,  
con la propia piel por capa,  
tomando el sol sin sombrilla  
y la lluvia sin paraguas,—

buen provecho el verde campo  
y el arroyuelo y las auras;  
no trueco yo tantas dichas  
por las presentes desgracias.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.